

JUSSI ADLER-OLSEN

Siete metros cuadrados



Traducción de:

MARTA AULET Y MARTA ARMENGOL



MAEVA | NOIR

Prólogo I

2005

—YA ESTAMOS OTRA vez con las coñitas. —Anker abrió la puerta del coche de golpe y quitó algo del parabrisas—. Encima lo ponen donde más molesta.

—Ya —masculló Hardy desde el asiento trasero. Miró la pegatina que sujetaba Anker.

—Vale, esta es nueva —continuó—. «Los tres mosqueteros de la Policía.» Los compañeros de la comisaría están que se salen.

—Se mueren de envidia porque hacemos muy buen equipo, Hardy —intervino Carl, aún sentado al volante—. Mirad. —Señaló al otro lado de la calle—. Los dos tipos del callejón. ¿El de la izquierda no es el que estamos buscando? ¿El que apuñaló a la víctima?

Hardy se asomó entre los asientos delanteros.

—No, es su hermano. Pero debe de estar al caer.

—Si somos los tres mosqueteros, yo no soy Aramis ni de coña, aunque sea el más bajito de los tres —espetó Anker.

Carl se giró hacia él.

—¿Por qué no, compañero? Si Aramis era un donjuán.

—No, ese era el otro, el grandote que empinaba el codo —le corrigió Hardy—. Y a ese me lo pido yo.

Sus compañeros se rieron por lo bajo. Lo de Hardy y las mujeres era un caso perdido.

—No os riáis. Me conozco a la perfección —protestó él—. Las mujeres me van a volver loco.

—No sé de qué te quejas —espetó Anker—. Si Minna está de toma pan y moja.

Carl se giró hacia la calle y se hizo el sueco. No era la primera vez que Anker le leía la mente.

—Ya, el problema es que lo sabe.

Llegaron hasta ellos unos gritos provenientes de la acera de enfrente y Hardy bajó un poco la ventanilla.

—Estoy harto de que Minna le tire la caña a todo lo que se mueve, a vosotros incluidos.

Anker se giró hacia él.

—Venga ya, Hardy. Si vuestra relación va viento en popa. No como lo mío con Elisabeth. Dentro de nada voy a necesitar que alguien me deje dormir en su sofá.

—Sabes que siempre eres bienvenido en mi casa, ¿no, Anker? —le aseguró Carl.

—Y en la nuestra —añadió Hardy.

Anker le estrujó el hombro a Carl.

—Gracias por vuestro apoyo, compañeros.

—Creo que es ese de ahí —indicó entonces Hardy.

—No, es su novia. Pero, claro, no sé si sabrías reconocer a una mujer con pantalones —bromeó Anker—. Oye, Carl —continuó—, ¿cuánto hace que os separasteis Vigga y tú? ¿No vais a divorciaros?

Carl contuvo una sonrisa. Vigga era la criatura más extraña sobre la faz de la tierra. Ningún hombre con dos dedos de frente diría que es una pareja para toda la vida, pero desvincularse totalmente de ella le resultaba imposible.

—¿Qué quieres, vivir de gorra conmigo? —inquirió él—. ¿O tienes otros planes?

Anker le dedicó una sonrisa torcida.

—Yo siempre tengo planes. He conocido a una mujer, y es la bomba. Una caja de sorpresas. Sabes a qué tipo de tía me refiero, ¿no?

Carl asintió. Las sorpresas también eran la especialidad de Vigga.

Anker le guiñó un ojo.

—Esta sabe ofrecerle cosas a un hombre que es imposible rechazar. Como no tenga cuidado, voy a acabar mal.

Hardy sacudió la cabeza y abrió la puerta del coche. Algo le había llamado la atención.

«Madre mía», pensó Carl. Era la primera noticia que tenía, pero siempre acababan hablando de lo mismo cuando se juntaban. La única diferencia entre ellos tres y unos adolescentes cachondos era la edad. Quizá por eso se llevaban mejor que cualquier otro equipo de la comisaría.

—Suenan fascinante y peligrosa. ¿Quién es, Anker? —preguntó Carl.

La respuesta de Anker fue quedarse un rato ahí sentado, pensativo, como si su mente ya se hubiera transportado al Edén y estuviera contemplando el árbol del fruto prohibido.

Y entonces esbozó esa sonrisa que bajaba la guardia de casi cualquier mujer.

—Ya la conoces, Carl —dijo Hardy.

Y le vino toda la energía de golpe.

—¡Venga, chavales, que lo tenemos! —gritó mientras corría hacia la otra acera.

Prólogo II

Sábado, 26 de diciembre de 2020

—No HAY COJONES de repetirlo, Eddie. Venga, repítelo, imbécil. —Eddie Jansen bajó la mirada para no provocarlo, pero no pudo esquivar el golpe—. Teníamos un trato, ¿sí o no? ¿No piensas cumplir con tu parte? —preguntó mientras el pitido en los oídos de Eddie se agudizaba.

Eddie asintió muy despacio. Tenía la esperanza de que no se notara su desesperación, porque lo último que quería era caer en desgracia con el hombre de los ojos de distinto color que tenía delante y, por lo tanto, con los que llevaban las riendas.

Tenía que cumplir con su parte del trato, le estaba diciendo, como si Eddie no lo tuviera más que claro. Las otras opciones eran sufrir una muerte horrible o que todo se fuera a pique.

Maldita la hora en que aceptó. Durante años, se había dejado cegar por el soborno. El sueldo de inspector de la Policía de Róterdam era insignificante comparado con lo que le habían ofrecido estos hombres poderosos a cambio de sus servicios y de información.

Así que Eddie dijo que sí. Y empezó a entrar dinero fácil que pronto se tradujo en calidad de vida, regalos para su mujer y, más adelante, para su hija, en la hipoteca de una casita de verano, en las cuotas del barco y los coches... El trato puso fin a las preocupaciones por llegar a fin de mes y a las noches sin dormir.

Pero había llegado el día de enfrentarse a las consecuencias. Cómo no.

Las peticiones de la organización se le habían hecho cuesta arriba en varias ocasiones. No era la primera vez que vacilaba ante lo que le exigía el hombre que tenía delante por ser de una crueldad innegable. Sabe Dios que había tenido momentos de despiste a lo largo de los años, pero le había ido bien. Los encargos de sus superiores habían disminuido y Eddie se había relajado.

Se concentró en que dejaran de temblarle las manos. ¿De verdad había ido perdiendo poco a poco el valor de hacer lo que le ordenaban? Pero no tenía alternativa. Podría perderlo todo.

Respiró hondo y, casi en susurros, con la mirada baja, dijo finalmente:

—No... No volveré a fallar. Le prometo que acabaré con él. Cumpliré con mi parte. Cuente con ello.

En cuanto levantó la mirada, se encontró con el cañón de una pistola. Un segundo más tarde, la tenía en la frente.

El hombre la sujetó con firmeza y no se movió un milímetro, pero su voz era fría como el hielo.

—Lo sabes desde hace trece años, y cuando la mercancía apareció en una maleta en la buhardilla del tipo ese, reaccionaste tarde y mal. Y ahora me vienes con que la Policía danesa lo ha detenido. ¿Sabes las consecuencias que tendría para nosotros que empezara a hablar?

—Sí, pero... —El clic del gatillo lo sobresaltó.

El hombre soltó una carcajada.

—Qué susto, ¿eh, Eddie? Como si estuvieras en el paredón, de espaldas, y pegaras un salto cada vez que dispararan a uno de tus compañeros en la nuca, esperando tu turno. No es una imagen agradable, pero tú podrías acabar así, Eddie. Este asunto es muy grave. Porque te garantizo que, si esto se repite, habrá una bala en el tambor. ¿Estamos? Así que ponte las pilas y haz tu

puto trabajo. No podemos jugárnosla con lo que Carl Mørck pueda saber ni con lo que pueda averiguar.

Eddie miró por la ventana a la oscura calle Louis Raemaekers, en el barrio de Schiedam, donde el semáforo bajo el rasca-cielos acababa de ponerse verde. En pocos minutos, su mujer, Femke, aparecería en el apartamento con la pequeña después de haber pasado el día con Siri, su antigua compañera de trabajo. Le sonreiría al invitado y, esa noche, le preguntaría a Eddie quién era ese hombre y a qué había venido a estas horas. De ninguna de las maneras podía verse implicada en todo esto.

—¡Sí, sí! Entendido. —Asintió, y se apartó la pistola de la cara con cuidado—. Contactaré con los daneses esta misma noche.

1

CARL

Sábado 26 y domingo 27 de diciembre de 2020

EN ESTOS MOMENTOS, Carl volvía a sentir el cruel instante en el que la inocencia de la infancia se disipó por completo. Cuando empezó a verlo todo con claridad y a percatarse de las mentiras. Como la sensación de injusticia que se extiende por la mejilla tras un bofetón inmerecido, o la de un amor no correspondido en la juventud o la del engaño sentimental que acecha en la vida adulta.

Carl revivió esas sensaciones en cuanto su compañero, Marcus Jacobsen, jefe del Departamento de Homicidios, ordenó que le pusieran las esposas y que apretaran estas más de lo necesario; se intensificaron cuando lo apartaron de Mona y lo metieron de un empujón en el coche patrulla mientras ella, desde lo alto de las escaleras, le daba a entender que no estaba solo.

No era mucho consuelo.

Sobre todo, cuando el agente del asiento del copiloto le ordenó al conductor que, en lugar de pasar por comisaría, fueran directamente a la cárcel de Vestre.

—Eh, no, ¿qué hacéis? Esto no es legal. ¿Por qué no me lleváis al calabozo de la comisaría? —preguntó en balde. Solo escuchó murmullos y, de vez en cuando, el nombre de Marcus Jacobsen.

Carl se inclinó hacia delante para que las esposas no le cortaran la circulación en las muñecas. Le había quedado claro que,

pese a haberse dejado los cuernos en el cuerpo de Policía durante décadas y haber resuelto casos entre difíciles e imposibles, a partir de este momento no podía contar con el apoyo de sus compañeros.

Pero, al fin y al cabo, ¿qué esperaba? ¿Cuántas veces había acompañado él mismo a un detenido a esa prisión enorme y deprimente? ¿Y cuántas veces habían intentado defenderse entre sollozos, por todos los medios posibles, desde el asiento trasero? Declarándose inocentes, mostrando remordimientos, alegando que dejaban atrás una familia... Y siempre había sido en vano.

Todos los detenidos tenían que enfrentarse a esa humillación hasta la primera vista. Él nunca los había acompañado a partir de ahí ni les había ofrecido consuelo. A estas alturas del proceso, eras culpable hasta que se demostrara lo contrario.

El coche patrulla recorría las gélidas y oscuras calles el día después de Navidad, aún adornadas con guirnaldas y corazones que ya no tenían sentido, mientras Carl intentaba imaginar cómo podría defenderse en la situación en la que se encontraba.

«¿De qué se me acusa?», pensó. Lo habían detenido justo después de resolver el caso de Sisle Park y de salvar a Gordon. ¿Qué había hecho para llegar hasta aquí? ¿Negarse a investigar los asesinatos con la pistola de clavos? ¿Ser un ingenuo en lo que respecta a su compañero Anker Høyer? ¿Sus sospechas de que Anker consumía drogas? ¿La insensatez de haber guardado la maleta sin preguntarle qué había dentro? ¿El despiste de haberla tenido en la buhardilla durante años y haberse olvidado de ella? Una maleta que resultó estar llena de estupefacientes y una cantidad nada desdeñable de dinero en distintas divisas. Dios, ojalá se le hubiera ocurrido abrirla para entregársela a la Policía él mismo. Había pecado de ingenuo al pensar que, a la hora de la verdad, nadie iba a sospechar que él, el fiel inspector, pudiera cometer un delito. No tenía ni la más remota idea de cómo defenderse. Lo único que sabía era que sus compañeros del coche patrulla

no le iban a prestar ninguna atención si se ponía a declararse inocente o a dar pena con la familia que estaba dejando atrás. Solo les interesaría escuchar confesiones y remordimientos, y no se los iba a dar. Así que Carl guardó silencio cuando cruzaron la verja de la prisión y lo llevaron ante el guardia pálido y cansado de la entrada.

El tipo estudió al detalle la documentación que le entregó el agente a través de sus gafas antes de levantar la mirada e informarles de que el juez no había ordenado que aplicaran el régimen de aislamiento. El agente puso cara de sorpresa, dado que se trataba de un investigador de renombre.

Carl tampoco daba crédito. ¿Cómo que no lo iban a aislar? ¿Estamos locos?

—Un momento —replicó—. Muchos de los reclusos están aquí por mi culpa y...

—Yo no puedo hacer nada. Es lo que hay —sentenció el funcionario.

La situación no auguraba nada bueno, y menos cuando los compañeros de Carl se marcharon sin un mísero gesto de despedida cuando el guardia le pidió que se desnudara.

El guardia marchito que lo cacheó puso la misma cara de asco que Marcus Jacobsen cuando le leyó sus derechos al detenerlo.

—Vaya, vaya, el mismísimo Carl Mørck. Casi nada. *Casi nada* —repitió el hombre. Dejó su ropa amontonada en el suelo—. Seguro que más de uno se alegrará de verte. Te garantizo que a ninguno de los presos les gustaría estar en tu lugar —continuó, y le dejó unas prendas en los brazos.

Sus palabras no le cogieron desprevenido, pero le afectaron igual. Aún conservaba la esperanza de que se le presentara una solución por arte de magia. Pero ¿cómo?

Lo que quedaba de la coraza de Carl se desmoronó cuando atravesaron los pasillos grises y estrechos por el imponente

entramado de escaleras, barandas, redes y celdas que constituían el ala este, hasta llegar a la celda 437. Carl empezó a sudar. Sabía que todo rastro de la fe que tenía en la justicia se esfumaría en cuanto cerraran la puerta tras él con un irrevocable chasquido.

Carl echó un vistazo rápido al enorme y vacío espacio de la prisión, con sus luces fluorescentes, antes de que lo metieran en la celda y giraran la llave. Había visto muchas celdas por dentro a lo largo de su vida, pero ninguna tenía un colchón tan pequeño y sucio como el que tenía delante; su cama, donde intentaría conciliar el sueño sin Mona a su lado. Donde no despertaría a la mañana siguiente con los alaridos de su hija ni con la esperanza de que el día solo le deparara cosas buenas.

Carl se fijó en el tablón gris y deslucido que había encima del camastro y leyó las palabras desvanecidas que había escrito uno de los anteriores reos con bolígrafo.

Todo frases deprimentes. Ni una vela en la oscuridad.

JUSTO CUANDO HABÍA conseguido dormitar, tras pasarse casi toda la noche dándole vueltas a lo que iba a pasar y qué podía hacer al respecto, alguien aporreó su puerta. Una voz grave y agresiva comenzó a exclamar que sabía muy bien quién era y que se iba a enterar. Cuando paró, Carl supuso que los guardias se lo habían llevado.

Pero lo había escuchado con claridad: «Vamos a por ti, puto madero». Carl se incorporó con los codos y respiró hondo. El acoso acababa de empezar y ponía de relieve su realidad: estaba claro que pretendían matarlo.

«Puto madero.» Iba a correr un peligro mortal en este lugar. Tragó saliva y recordó todas las ocasiones en las que un policía encerrado había acabado mal. Con un poco de suerte, le asignarían un abogado que lo apartaría del punto de mira con la concesión